

### CAPÍTULO XIII

*Ruta que tomó Aníbal después de pasado el Ródano para superar los Alpes.  
- Extravagantes testimonios de los historiadores cuando describen el tránsito de  
Aníbal por estas montañas.*

Una vez finalizado el paso de los elefantes, Aníbal formó de ellos y de la caballería la retaguardia, y marchó junto al río, dirigiendo su ruta desde el mar hacia el oriente en ademán de quien va al interior de Europa. Porque el Ródano tiene su nacimiento por encima del golfo Adriático hacia el occidente, en aquella parte de

los Alpes que miran al septentrión, corre hacia el ocaso del invierno y desemboca en el mar de Cerdeña. Su curso generalmente es por un valle cuya parte septentrional habitan los galos ardieos, y la meridional toda confina con el arranque de los Alpes que miran al septentrión. Las llanuras inmediatas al Po, de que ya hemos hablado largamente, se hallan separadas del valle por donde corre el Ródano, por las cumbres de dichos montes, que, principiando desde Masalia, se extienden hasta la extremidad del golfo Adriático. Éstos son, pues, los montes que Aníbal atravesó para entrar en Italia.

Ciertos historiadores, cuando hablan de estas montañas, por querer asombrar a los lectores con prodigios, incurren imprudentemente en dos defectos muy ajenos de la historia. Se ven precisados a contar embustes y contradicciones. Pues al paso que representan a Aníbal como un capitán de inimitable valor y cordura, nos lo pintan como el más insensato sin disputa. Y cuando ya no hallan cabo ni salida al enredo, introducen a los dioses y semidioses en los hechos verdaderos de la historia. Nos pintan tan escabrosas y ásperas las cordilleras de los Alpes que apenas, no digo a la caballería, ejército y elefantes, pero ni aun a la infantería ligera le sería asequible el tránsito. De igual modo nos describen tal la soledad de estos lugares, que a no haberseles aparecido algún dios o héroe que les mostrase el camino, faltos de consejo, hubieran perecido todos. Confesemos, pues, que esto es incurrir en los dos defectos que hemos apuntado.

Porque ¿se dará general más imprudente, ni capitán más insensato que Aníbal, que, conduciendo un tan numeroso ejército, en quien fundaba la esperanza del logro de sus propósitos, ignorase los caminos y lugares y no supiese a dónde ni contra quién se dirigía, y, lo que es un exceso de locura, emprendiese, no lo que dicta la razón, sino lo imposible? Meter un ejército en un terreno desconocido, es cosa que no harían otros, reducidos al último extremo y faltos de todo consejo; pues esto es cabalmente lo que atribuyen a Aníbal cuando estaba aún en tiempo de prometérselo todo de su empresa. Lo mismo digo de la soledad, escabrosidad y asperezas de estos lugares; todo ello es un manifiesto embuste. Estos escritores no saben que antes de la venida de Aníbal los galos vencidos del Ródano, no una ni dos veces, no en tiempos remotos, sino recientemente, habían pasado los Alpes con numerosas tropas para auxiliar a los galos de los contornos del Po y llevar sus armas contra los romanos, como hemos dicho en los libros anteriores. Ignoran que sobre los mismos Alpes habitan muchísimos pueblos. Por eso, faltos de estos conocimientos cuentan que se apareció un semidiós para servir de guía a los cartagineses. En esto se asemejan precisamente a los compositores de tragedias. Así como estos poetas, por sentar al principio supuestos falsos y repugnantes, tienen que recurrir para la catástrofe y desenredo de sus dramas a algún dios o a alguna máquina, del mismo modo aquellos escritores se ven precisados a fingir que se les ha aparecido algún héroe o dios, por haber supuesto fundamentos falsos e inverosímiles. Porque ¿cómo se puede con absurdos principios dar a la acción un éxito razonable? Aníbal se condujo en esta empresa, no como éstos escriben, sino con demasiada prudencia. Se había informado muy en detalle de la bondad del país a donde dirigía sus pasos y de la aversión de los pueblos contra los romanos. Para las dificultades que pudieran ocurrir en el intermedio, se había valido de guías y conductores de la misma tierra, hombres que, por la comunión de intere-

ses, habían de correr el mismo riesgo. Nosotros hablamos de estas cosas tanto con mayor satisfacción, cuanto que las hemos sabido de boca de los mismos contemporáneos, hemos examinado con la vista estos lugares y hemos viajado en persona por los Alpes para ilustración y propio conocimiento.